

**Reset**



# Reset

*Rock, conquistas y tribulaciones de una treintañera de la Generación X*

Noemi Martínez Pérez



Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito de la autora. Todos los derechos reservados.

© Noemí Martínez Pérez, 2019

Noemi Martínez, Reset

Depósito Legal Z 1819-2019

ASIN 9781701000766

Obra registrada en el Registro Territorial de la Propiedad Intelectual de Aragón. Biblioteca de Aragón, c/Doctor Cerrada 22. Número de inscripción Z-259-15.

Conversión a libro electrónico: Noemi Martínez

© Diseño y fotografía de la portada: Noemi Martínez

© Fotografía de portada: foter.com

[www.noemimartinezperez.com](http://www.noemimartinezperez.com)

[noemimartinez@periodistasdearagon.org](mailto:noemimartinez@periodistasdearagon.org)

[nmp.contacto@gmail.com](mailto:nmp.contacto@gmail.com)



*A Ana y Estíbaliz, esos pilares que no debilita ni el paso del tiempo ni la distancia. Os quiero con locura.*

*A todos esos grupos de Heavy Metal que tantos buenos momentos me han hecho pasar, y que tantos malos me han ayudado a superar.*

*A la peña de Iturribide, los que estuvieron, los que están y los que estarán.*

*A todas las que fuimos treintañeras durante la crisis de 2008, a las que llamaron Generación X y que alguna vez creyeron que fueron un paréntesis poco interesante entre otras generaciones humanas más relevantes. Todas, repetid conmigo: “yo puedo, yo puedo, lo conseguiré”.*





## El gusto por lo decadente

Añoro la poesía urbana, el talento ronroneando en el fondo de una litrona, exhalando cada calada. Aún palpita esa tenebrosa oda en mí y en los corazones de los adultos que fueron niños en unos años en los que el país entero entonaba una canción derrotista y hermosa. Amarga y bella, esperanzada y sin futuro, pero cargada de una verdad y una honestidad perdidas en el transcurso de la madurez. Entristecidos nos preguntamos dónde quedaron todas esas canciones, todos esos poemas, todas esas certezas que hoy se antojan políticamente incorrectas. Seguimos preguntándonos por qué ser como es uno parece tan poco recomendable hoy en día.

Esos niños de ayer pasamos hoy de los treinta y tenemos ADSL en el cuarto y televisión por cable en el salón. Sin embargo, nada no satisface. Tenemos acceso a todo que podamos desear, pero todo eso que poseemos está vacío de contenido. Durante muchos años, en nuestra infancia, recibimos mensajes duros, difíciles de entender para la mente de unos pequeños. Nuestra mente se abrió y aprendió, saturados como estábamos de ideas, reflexiones e intenciones. El mundo era algo importante, de eso estábamos seguros, y algún día íbamos a ser mayores y a participar de ello, aportaríamos nuestro granito de arena a esa batalla.

A esa lucha. Qué lucha, me pregunto. Siento que cuanto más se avanza, más se retrocede. Cada año que pasa se pierde un privilegio moral y derecho existencial. Ahora todo es posible,

dicen. Y una mierda. Sólo el carro de la mayoría es posible. Cómo va a ser todo realizable cuando ni siquiera mantenemos el derecho a ser desagradables sin parecer antisistema. Ni siquiera podemos ser feos, ni gordos y bajos. Todavía recuerdo cuando la fealdad era otra forma de belleza, y lo grotesco era atractivo. Añoro lo extravagante, lo triste, lo decadente, lo horroroso. Los que fuimos niños hace veinte años estamos hartos de la belleza domesticada, enlatada, curtida y pulida, de hoy. Queremos ser feos, extraños, huraños, reivindicamos nuestro derecho a estar deprimidos, a estar hasta las pelotas, a mandar al garete un curro aunque esté bien pagado sólo porque lo aborrecemos. Deseo ejercer mi derecho a equivocarme y a desaprovechar oportunidades. Me manifiesto y digo que quiero dejar de formar parte de este puñetero guion trazado y bien marcado en el que se han convertido nuestras vidas. Sacudo el conformismo de mi generación y grito que estoy harta y quiero ser feliz y desgraciada a mi manera.

Si las generaciones humanas debieran tener nombre, la mía se quedaría sin bautizar. Repaso todos los años pasados desde que fui consciente de mi misma hasta hoy y no encuentro nada que nos defina. Hemos pasado estos veinte años sin hacer el más leve ruido. No me refiero a nada concreto. Con toda esta reflexión no pretendo decir siquiera que debiéramos haber luchado por algo, o creado algo. No, que va. Simplemente pongo sobre la mesa que somos la generación más sosa y sinsorga que viene a mi memoria en este momento. Hemos caminado entre la creatividad y el inconformismo de nuestros mayores más inmediatos y la serena sabiduría existencial de

nuestros más cercanos jóvenes. Somos una loncha de chopped en medio de un sandwich mucho más interesante que nosotros. Es triste, pero es así como se me antoja que resulta nuestro paso por el mundo. Éramos niños en un mundo lleno de promesas y somos adultos en la mayor era de conformismo que ha asolado la tierra desde el comienzo del siglo veinte. Y en medio de esta quietud que nos invade solamente me viene a la mente algo que pueda definirnos. El miedo. Somos temerosos. No nos asusta un monstruo concreto, pero le tememos a multitud de diablillos maliciosos.

Ahora tenemos treinta y tantos todos estos ratoncillos asustadizos de la generación miedosa. Y vamos de mal trabajo en peor empleo. Porque la verdad, suerte, lo que se dice suerte, no hemos tenido mucha en el terreno laboral. La crisis económica que asoló el país en nuestra niñez se tradujo en pérdida de derechos y condiciones en el mundo del empleo. La mayoría de nosotros tenemos carrera universitaria, y muchos hemos pasado casi una década sirviendo hamburguesas, limpiando aseos o atendiendo en perfumerías a personas más afortunadas. Este es otro de nuestros temores, la imposibilidad de emancipación. Llegar a los treinta en un Burguer King y en casa de tus padres es bastante deprimente. Te convierte en un adolescente perpetuo. En una persona dependiente. En un niño con canas y celulitis. Es en ese momento cuando llega a tu vida un concepto nuevo que nunca te había preocupado antes: el fracaso. Tal pensamiento llega durante una transición que se produce en un momento indeterminado, que se halla al terminar los veinte y comenzar los treinta, en la que se hace un

repasso inconsciente de los logros. Empiezas a comparar casi sin querer tus sueños pasados y tu realidad presente. Es entonces cuando llega el concepto del fracaso. De alguna manera recuerdas que cuando tenías dieciocho creías que al tener veintiocho ibas a ser un profesional de tu campo, que ibas a tener casa propia y si me apuras, estarías a punto de convivir con el hombre o mujer de tus sueños. Todos esos pensamientos aterrizan de pronto cuando estás barriendo las últimas colillas del bar en el que trabajas de camarero a media jornada, y justo antes de coger el coche de segunda mano que te ha regalado algún hermano mayor con mejor fortuna. Sigues con eso en la cabeza mientras aparcas y ves desde la calle cómo tu madre está vigilando a través de la ventana, preocupada cada noche porque vuelves solo a las tantas. Y te metes en la cama dándole vueltas al mismo tema, con la deprimente sensación de que a los casi treinta años todavía hay quien te hace la cena.

Esta maldita realidad es tremenda. No tenemos nada y parece que lo tenemos todo. Vivimos muchos años con papi y mami, nos arropan y nos guían lo mejor que pueden, nos reconfortan cuando estamos tristes y nos dan una sopa cuando estamos malos. Nos toleran en su casa, en la que con los años se ha logrado un cierto confort, y estamos calentitos, tenemos para ver una peli de vez en cuando, para echarnos una cerveza los fines de semana, incluso para pagar algún hotel cuando la ocasión lo permite. Estamos inmersos en una falsa impresión de bienestar. En el momento en el que con el sueldo de uno no se puede ni pagar un piso de alquiler compartido, pagar luz, agua y comida, estás viviendo en el umbral de la pobreza. Es

difícil ser consciente de ello cuando en casa hay de todo; reproductor de DVD, conexión a internet, lavadora, lavavajillas, calefacción, aire acondicionado, agua caliente, un buen colchón, comida calentita... Pero simplemente hay que pensar a quién pertenece todo ello para darte cuenta de que estás a un paso de convertirte en un sin techo. Si nos paráramos a pensar un minuto qué haríamos con nuestros curritos si de pronto un día despertáramos y descubriéramos que la casa de papi y mami no existe, nos daríamos cuenta que somos voluntariamente unos homeless. Y nuestro impulso derrotista nos lleva a no mover ni un dedo por cambiar. Asumimos que las cosas son así. Que la cosa está fatal. Que algún día encontraré algo mejor. No hay mejor forma de ser conscientes de nuestra propia quietud, sosez y conformismo que detenerse en el camino y mirar con ojos sinceros nuestra forma de vida. Nuestra temerosa y estática vida.

La parálisis de las gentes que conformamos este grupo extraño, nos define. Los miedos nos paralizan a la hora de avanzar, de tomar decisiones. Queremos hacer las cosas “bien”. Hemos aprendido a ser prudentes, porque el monstruo está cerca, rondando. Hay que salir de casa “bien”, con una hipoteca firmada sobre un piso “bien”. Con un vecindario “bien” y unas condiciones aceptables. Pasamos tantos años en casa que terminamos haciendo caso de lo que nos dicen nuestros padres, cuyas observaciones se basan en sus propias vivencias, que no son las tuyas. *“Para que vas a pagar alquiler, hijo, guarda el dinero y ya tienes para la entrada de un piso”*. Y haces caso, porque es más cómodo. Eres muy obediente, como buen

producto de tu generación. Y muy vago para enfrentarte a nada. Te excusas en sus sentimientos, pobres, que preocupados estarán mis padres si creen que estoy malviviendo por ahí. *“Tienen razón, no tengo necesidad de irme, y así ahorro y no tiro el dinero”*. Bendita excusa, la quintaesencia de nuestro carácter. Emanciparse es tirar el dinero si no tienes una propiedad. Dónde estará escrito, me he preguntado muchas veces, que sea obligatorio poseer nada. Pensar en el futuro es un dardo paralizante. El mañana es fantasía, y el único momento que podemos vivir es el presente. Un “hoy” en el que tienes edad suficiente para necesitar salir del nido, en el que el cuerpo te pide vivir tu vida, aunque sea bajo un techo que no es de tu propiedad. Parece mentira que nos hayamos dejado llevar de esta manera.

*“Que viene el coco...”*. Todos recordamos esta frase con la que nos asustaban de niños otros niños. Nuestro “coco” ha sido el SIDA, el pavor a la inestabilidad laboral, a la falta de perspectiva profesional, y en definitiva, el miedo atávico que tenemos los hijos de “La Bola de Cristal” a tomar las riendas de nuestro propio destino. Recordemos, si, aquella convulsa infancia en la que nuestros mayores lidiaron con un torrente de extravagante creatividad. Acordémonos de todas las personas que se enfrentaron a sus miedos y decidieron equivocarse libremente, que salieron a la calle con mayor o menor fortuna. Pensemos que la quietud no forma parte de nuestra alma, de nuestra esencia, que nuestro primer motor vital fue la pelea, la sinceridad, la honestidad, honremos aquello que heredamos y no seamos cadáveres en busca de hipotecas. Porque reivindicó

nuestra energía, nuestra fuerza, sé que está ahí escondida tras el umbral de la puerta, y nos insta a todos a pegarle una patada a ese monstruo grandote que está frente a las faldas de nuestras madres. Despertemos. Nosotros también merecemos vivir nuestra vida a nuestra manera.





## Primera parte

*Con la crisis económica de 2008 llegaron los desplazados de la Generación X que huían del paro y la precariedad laboral.*

*El trabajo no siempre estaba donde se encontraban los tuyos.*

*Un golpe de suerte puede a veces transformarse en una condena.*



## Harta

Tengo una amiga que sueña con el cariño. Se imagina sentada en el sofá, viendo la tele, rodeada por el brazo de un buen chico al que quiera y que la quiera. Así de simple. Y así de complicado. Qué coño le pasa a este mundo, qué ha sucedido para que lo sencillo sea lo más difícil de conseguir. Por qué estamos tan podridos, qué hace que releguemos a un segundo plano aquello que nos hace felices. Porque, en definitiva, para eso estamos aquí. Para estar todo lo satisfechos que nos permite el tiempo del que disponemos en la tierra.

Es un contexto snob. Todo lo es. Vemos demasiado cine. Desde que nacemos. Un hecho que ha provocado que durante los últimos cien años de historia nos hayamos convertido en unos ridículos. De pronto, reaccionamos de modo exagerado, pensamos en nuestras aspiraciones como si de un guion de cine se tratara. Nuestras fantasías, aquellas a las que damos rienda suelta en el autobús de camino al trabajo, o durante esos minutos antes de dormirnos, son un guion con principio y final. Soñamos con un encuentro casual, con esa persona que es la horma de nuestro zapato. En ese sueño hace justo lo que nos gustaría, dice las palabras adecuadas, e incluso tiene los defectos y errores precisos. La fantasía termina con el inicio de la convivencia, o con una boda en una iglesia, o en un prado, o en una playa... En esos sueños nos casamos con nuestros anhelos, con partes de nosotros que nos gustan, o que despreciamos, pero que nos excitan. Son un ejercicio de

masturbación emocional propio del cine. Pero no de la vida real.

Y todo esto lo dice alguien que en el fondo se siente más cómoda soñando que viviendo. Los sueños se acomodan de modo que finalmente resulten satisfactorios. Pero la vida real es impredecible. Todas nuestras acciones tienen reacciones que no conocemos y no podemos prever siempre. De pronto, te encuentras con alguien que te gusta y no suena una música especial, ni te mira como un galán de cine, ni te saca una copa justo cuando te apetece. Lo más normal es que las cosas comiencen un bar, después de las cuatro de la mañana, con el rimmel corrido y demasiado borracha como para percibir nada de eso, e incluso para que te importe. En esa desinhibición alcohólica acabas con él, probablemente practicando un sexo absurdo e insatisfactorio, enfadada al final porque estás demasiado cansada para volver en metro a casa y vas a pagar veinte euros por un taxi por quedarte un rato más a echar un mal polvo. Resaca y recuerdos confusos son lo único que queda de la noche.

Con suerte, ese tipo con el que acabaste la noche es una buena persona que desea volver a verte para ver si sale algo de toda esta historia. Y con mucha suerte inicias una relación lo suficientemente duradera como para pensar en la convivencia. En la fantasía éste es el final de todo, la culminación del amor, la conclusión de todo. En nuestra ceguera no vemos que la convivencia es solo el principio. Con ella recibimos el mayor puñetazo de nuestra vida, un golpe seco que nos quita toda la

tontería romántica de la cabeza. Algo que debía ser fluido y hermoso se convierte en un putito infierno de dos. Tu primera reacción es huir de él. Piensas; "*¿por qué me he metido en esto?*". Entonces lo intentas, te dices que se trata de la adaptación al otro, que todo es cuestión de ser tolerante y de aprender. Y te enfadas. Pierdes los nervios. Lloras. Dejas de tener sexo con él. Antes corriendo al primer hotel que veáis y ahora os dais la espalda al dormir.

En el fondo creo que todo esto pasa en parte porque la realidad y nuestra fantasía forjada por años de películas, chocan. Ellas sueñan con su romántico y macho galán que practica sexo de maravilla y que está atento a tus necesidades. Ellos con esa delicada princesa de cuento, siempre hermosa y sin celulitis que carece de esfínteres y tiene un aspecto impecable recién levantada de la cama. Entonces llegan todos esos incómodos primeros momentos. La primera vez que te ve con el pelo sucio y la primera vez que le ves sin afeitarse. La primera vez que oye tus gases y la primera vez que te suelta un desaire rascándose un huevo. La primera vez que te ve con un pijama de franela con ositos y la primera vez que ves sus gayumbos sucios tirados por el suelo. La primera vez, en definitiva, que no eres su princesa de barra y la que él no es el galán que te paga los cubatas. Es decir, la primera ocasión en que ambos se topan con realidad cara a cara.

La puñetera fantasía. Nos comportamos como aquello que vemos en el cine sin darnos cuenta. No hay más que pararse a mirar. Es un ejercicio de voyerismo social interesante. En el

trabajo, por ejemplo. Cada centro de trabajo es una película. Hay empresas tipo "Sexo en Nueva York", llenas de snobs, listillos y penosos varios que creen que trabajan en una gran empresa de una gran ciudad norteamericana. Las hay de todo tipo y condición. Y en todas ellas sus trabajadores se comportan bajo las normas de un enorme cliché social muy cinematográfico.

El trabajo es otro enorme mito que no soporto. Jamás me he subido al carro de las vocaciones. Quien lo la tiene, no es válido como trabajador y ser humano. Y hoy en día a cada cual le define el trabajo que desempeña. No sé a quién se le ocurrió hablar de vocaciones. Supongo que a algún empresario que buscaba trabajadores sumisos que no protestaran en su afán vocacional, y les encante dejarse los cuernos para que el dueño del garito se enriquezca. Para su enorme beneficio económico. El chollo del siglo para los empresarios del siglo XXI, conseguir gente que se esclavice voluntariamente en pro de su vocación.

En este estúpido juego laboral hemos entrado de cabeza las mujeres. Nos lo hemos tragado todo y ahora somos una enorme cohorte de insatisfechas. Soñamos con ser una chica de película, bella, estupenda, con éxito en el trabajo y una amantísima madre y esposa. Todo eso es una mierda. Conozco a uno de esos extraños seres sociales, una mujer en este caso, que predica valores contrarios a los popularmente aceptados. Ella, en su inmensa sabiduría, aspira a ser un cinco en todo. Como mucho. Un cinco en el trabajo, un cinco en casa. Y

mientras tanto, trata de ser lo más feliz posible, algo que contagia a aquellos que están a su lado. Por eso pienso que las personas satisfechas son generosas, ya que contagian de su optimismo a todos los que le rodean. Aspirando al diez una se convierte en una desgraciada insatisfecha que le amarga la vida a todo bicho viviente porque lleva una vida estresante e imposible destinada a demostrar que es capaz de ser una puta esclava de sus circunstancias. Extraño, ese mito peliculero. Hoy en día estoy tan harta y tan cansada que desecho deprimirme por engordar diez kilos, o por tener celulitis, o por no ser jefa en el trabajo, o por ser la menos interesante de las mujeres de los amigos de mi marido, o novio, o Dios sabe qué. Es muy tóxico compararse con los demás. Por salud mental, mejor no hacerlo y vivir la vida propia.

A veces me pregunto cuándo fue el momento en el que nacieron mis obsesiones. Como la del peso. Siempre he subido y bajado en la báscula, y era algo que me fastidiaba, pero ahora me siento como una fracasada si no adelgazo. Me siento como si hubiera matado a la madre de alguien cuando un día como más de la cuenta. Cada vez que veo un desfile de bella delgadez en televisión me pongo de mala ostia, y no quiero ir a la playa con mi novio para que no se avergüence ante todos esos desconocidos del enorme culo de su novia. Y me molesta e irrita porque en realidad sé que él lo piensa, y en ese momento le odio por ello. Porque creo que todas las mujeres se sienten inseguras con su cuerpo y no le perdono que me haga sentir culpable por tener el que tengo. Por ser tan cruel e insensible conmigo, por pretender que yo sea esa fantasía

cinematográfica que tiene en la cabeza. Por no pararse a pensar que no soy perfecta y que tengo debilidades, que no soy un pedazo de carne que está al servicio de sus deseos. Cuando más lo pienso más le odio por no ser él mi galán de cuerpo perfecto y maneras impecables. Por no tener siempre una palabra amable para mí, una sonrisa agradable que me alegre el día. Y me odio a mí misma por no castigarle también a él, porque aunque deseo hacerlo soy incapaz de hacer pagar a nadie con una medicina que a mí me hace tanto daño.

Estoy tan harta de todo... Aborrezco cada centímetro de mi existencia. Me produce sopor la cansina verborrea que me rodea cada día. Todos hablan demasiado a mí alrededor. Estoy cansada de escuchar, de tomar en consideración, de valorar, de medir... Cada día me siento más pequeña y asfixiada. Es exasperante hacer caso de tus semejantes, incluso me agota cerrar la boca por no herir sus sentimientos, o por no discutir. Sólo quiero que me dejen respirar, que me dejen tranquila con mis cosas. Nada de lo que me rodea me gusta. Soy una esclava voluntaria, como buena mujer. Una sierva muy resistente. Me he dejado llevar hasta el punto de tener una vida que me repugna. Al menos le tengo a él. Con sus imperfecciones, con sus hirientes palabras, o inocuas en el mejor de los casos. Tengo otra persona que me acompaña en este oscuro viaje. Resulta raro que me conforte tener un compañero que no satisface lo más elemental en mi vida, pero reconozco que me apoyo en él. Me acurruco a su lado si el monstruo ronda nuestra casa, y me agarro a sus ropas si tengo miedo. Cuando estamos sentados en el sofá le pregunto, mientras paso su brazo por



encima de mis hombros, qué siente por mí, sólo por oír en sus labios esa expresión que añoro. "*Te quiero...*".